

armados de espadas de fuego. No bien esos ministros del Altísimo descubrieron á la hija de David, se inclinaron respetuosos, y la Caridad abrió sin esfuerzo alguno las cortinas de la eternidad. El Salvador se muestra á María sentado sobre un sepulcro inmortal, á cuyo través comunica con los hombres.

María, penetrada de un santo respeto, llega á este altar del Cordero y le presenta sus votos unidos á los de la tierra, que Jesucristo va á presentar á su vez á los piés del Padre Todopoderoso. ¿Quién podría reproducir la conversacion de María y Emmanuel? Si la mujer tiene para su hijo espresiones tan divinas, ¿cuáles serian las palabras de la madre de un Dios, de una madre que habia visto espirar á su Hijo en una cruz, y le hallaba de nuevo disfrutando de eterna vida? ¿Cuáles debian ser tambien las palabras de un

hijo y de un Dios? ¡Qué amor filial! ¡qué abrazos maternales! Un momento solo de tamaña felicidad bastaria para aniquilar en el exceso de su dicha á todos los mundos.

Jesucristo salió de su trono con un lábaro de fuego súbitamente formado en su diestra, y su Madre quedó en el santuario de la cruz. La misma María no podria penetrar en aquellas profundidades del Padre en que se sumergen el Hijo y el Espíritu. En el mas secreto tabernáculo del Santo de los santos están las tres ideas existentes por sí mismas, ejemplares increados de todas las cosas creadas. Por un misterio inesplicable, el caos se mantiene oculto detrás de Jehova. Cuando este quiere formar algun mundo, llama á su presencia una pequeña parte de la materia, dejando el resto á su espalda, porque la materia se animaria



CHACTAS REFIERE Á LOPEZ SUS AMORES CON ATALA.

toda á la vez si compareciese ante las miradas de Dios.

Una voz única hizo resonar eternamente una palabra única en el Santo de los santos. ¿Qué dijo?

LIBRO QUINTO.

El Eterno reveló á su Hijo querido que sus designios sobre la América eran preparar al género hu-

mano en aquella parte del mundo una renovacion de existencia. El hombre, iluminándose por medio de conocimientos siempre progresivos y nunca perdidos, debia hallar de nuevo aquella sublimidad primitiva de que el pecado original le habia hecho caer; sublimidad de que el espíritu humano habia vuelto á hacerse capaz mediante la redencion de Jesucristo. No obstante, el rey del cielo permite á Satanás un momento de triunfo para espacion de algunas faltas particulares; y el infierno, aprovechándose de la libertad concedida á su rabia, utiliza y hace nacer todas las ocasiones del mal.

La nueva del obstinado combate de Onduré y del hermano de Amelia se habia divulgado entre los natchez. Akansia, que veia en este hecho una nueva prueba del amor de Onduré á Celuta, experimentaba mas vivos tormentos. El partido de los salvajes, alimentado en los sentimientos de Adario, preguntaba por qué razon se recibia á aquellos extranjeros, instrumentos de discordia y esclavitud, mientras los indios partidarios de Chactas elogiaban el valor y la generosidad de su nuevo huésped. Por lo que respecta al hermano de Amelia, que no encontraba ni en los sentimientos de su corazon ni en su conducta los motivos de la enemistad de Onduré, no podia alcanzar la causa que habia inducido al salvaje á una tentativa de homicidio. Si Onduré amaba á Celuta, René no era su rival, pues toda idea de matrimonio le era odiosa, y apenas habia advertido la naciente pasion de la hermana de Outougamiz.

Habiéndose anunciado la vuelta del gran Jefe de los natchez, oyóse resonar el sonido de un caracol. «Guerrero blanco, dijo Chactas á su huésped; ha llegado el Sol; préstame el apoyo de tu brazo y vamos á situarnos al paso de nuestro cacique.» El sachem y René, cuya herida era leve, se adelantaron con la muchedumbre.

Poco tardaron en dejarse ver el gran sacerdote y los dos levitas, maestros de ceremonias del templo del Sol; cubriáanse con túnicas blancas, y el primero llevaba sobre la cabeza un mochuelo diseado. Aquellos sacrificadores marchaban con mesurado paso, y fijos en el suelo los ojos, murmuraban un himno sagrado. Chactas dijo á René que el principal juglar era un sacerdote, codicioso y crédulo, que podrá llegar á ser peligroso por sugerencias de algunos hombres mas perversos que él.

Detrás de los levitas se adelantaba un viejo sin esteridad alguna de poder. «¿Quién es, preguntó el hermano de Amelia á su huésped, el sachem que sigue á los sacerdotes, y cuyo aspecto es afable y sereno?» «Hijo mio, le respondió Chactas, es el Sol; háse captado el amor de los natchez por el sacrificio que ha hecho á su patria de las prerogativas de sus abuelos. Es un hombre dotado de inalterable dulzura, de una paciencia imperturbable, y de una fuerza casi sobrenatural para sufrir el dolor; ha cansado al tiempo, porque está proximo á cumplir cien años. He tenido la dicha de contribuir con él y con Adario á la revolucion que nos ha devuelto la ansiada independencia. Los natchez nos miran como á sus tres caudillos, ó por mejor decir, como á sus padres.»

En pos del Sol marchaba una mujer que llevaba de la mano á su tierno hijo. Las facciones de aquella mujer llamaron la atencion de René, pues la naturaleza habia esparcido en ellas una espresion alarmante de pasion y debilidad. El hermano de Amelia la señaló al sachem.

«Llábase Akansia, repuso Chactas, y la llamamos la mujer Jefe; es la parienta mas inmediata del Sol; y su hijo, con exclusion del hijo del Sol, debe ocupar un dia el puesto del gran Jefe de los natchez, pues la sucesion al poder se verifica entre nosotros en línea femenina.»

«¡Ah, hijo mio! prosiguió Chactas; los habitantes de los bosques no estamos ya mas al abrigo de las pasiones que los hombres de tu país. Akansia alimenta por Onduré, que la desdena y la vende, un amor criminal; Onduré ama á Celuta, esa india que preparó tu primer almuerzo, y es hermana de ese sencillo salvaje que te juró eterna amistad sobre las ruinas de una cabaña; pero Celuta ha rechazado siempre el corazon y la mano de Onduré. Tú has visto ya hasta qué punto pueden rayar los furros de los zelos. Si Onduré correspondiese al fin á Akansia, es imposible calcular los desastres que acarrearía esta union.»

Inmediatamente despues de la Mujer-Jefe marchaban los caudillos militares. Habiendo uno de estos tocado á su paso el hombro de Chactas, René preguntó á su padre adoptivo quien era aquel sachem de rostro escualido, cuyo severo continente formaba tan notable contraste con el aire de bondad de los demás ancianos.

«Es el gran Adario, respondió Chactas, el amigo de mi infancia y de mi vejez; abraza un amor á la libertad que le haria sacrificar su mujer, sus hijos y á sí mismo. Hemos peleado uno al lado del otro en casi todos los bosques; cincuenta años há que nos vestimamos, aunque nos hallamos casi siempre en oposicion de ideas y de miras. Yo soy la roca, él es la planta marina que crece á mi derredor; las olas de la tempestad han minado nuestras raices, y en breve rodaremos al abismo sobre el cual nos inclinamos á la par. Adario es tio de Celuta y le sirve de padre.»

Luego que los caudillos militares hubieron pasado, mostráronse los dos oficiales encargados del reglamento de los tratados, y el edil encargado de vigilar los trabajos públicos. Este edil pensaba retirarse y Onduré aspiraba á ocupar su cargo; pues este, que era el principal del Estado, despues del que desempeñaba el Gran Jefe, daba el derecho de regencia en la minoria de los Soles. Una tropa de guerreros llamados Allouez, que en otro tiempo componian la guardia del Sol, cerraba la comitiva; pero aquellos guerreros dispersos en las tribus, no existian ya como un cuerpo distinto y separado.

El Gran Jefe acompañado de la muchedumbre se detuvo en la plaza pública, y Chactas se hizo llevar hasta él exhalando tres gritos. Entonces dijo al Sol que un francés solicitaba ser adoptado por una de las tribus de los natchez. El Gran Jefe respondió: «Accedo;» y Chactas se retiró prorumpiendo en otros tres gritos, un poco diferentes de los primeros. El hermano de Amelia supo que se trataba de su adopcion de allí á tres dias.

René empleó estos tres dias en llevar de cabaña en cabaña los presentes de costumbre, que fueron aceptados por unos y rechazados por otros, segun que se inclinaban en pro ó en contra de la adopcion del extranjero. Al presentarse René en casa de los padres de Mila, esta le dijo: «No has querido que yo fuese tu mujer; no quiero, pues, ser tu hermana; aléjate!» La familia aceptó los presentes que la ofendida Mila habia despreciado.

René ofreció un velo de muselina á Celuta, que ofreció bajando sus ojos, conservarlo toda su vida; intentaba significar en esto que lo guardaria para el dia de su boda; pero ninguna palabra de amor salió de los labios del hermano de Amelia. Celuta pidió tímidamente noticias de la herida de René; y Outougamiz, admirando lleno de júbilo el valor del compañero que habia elegido, llevaba con noble orgullo la cadena de oro que le ligaba á la suerte del hombre blanco.

Habiendo llegado el dia de la adopcion, esta fue concedida á solicitud de Chactas y á pesar de la oposicion de Onduré. La afrenta de una derrota habia cambiado en el corazon de este hombre en impla-

cable rencor sus implacables zelos. Tan procaz como pérfido, el salvaje se atrevia aun á mostrarse en público despues de su atentado, pues las leyes entre los indios no persiguen el homicidio, y abandonan á las familias la venganza de este crimen; pero René no tenia familia.

La renovacion de las treguas facilitó la adopcion de René, pero el príncipe de las tinieblas hizo surgir de esta solemnidad un nuevo origen de discordia. En el acto de ser proclamada la adopcion á la puerta del templo, el juglar adicto á Akansia y ganado por los presentes de Onduré, anunció que la serpiente sagrada habia desaparecido del altar. La multitud se retiró consternada: la adopcion del nuevo hijo de Chactas fue declarada desagradable á los genios, y de siniestro augurio para la prosperidad de la nacion.

Al volver la estacion de las cacerias, el otoño suspendió por algun tiempo el efecto de aquellos superstitiosos temores é infernales maquinaciones. Chactas, que aunque ciego, fue nombrado jefe de la gran caza del castor á causa de su esperiencia y del respeto que los pueblos le profesaban, partió con los guerreros jóvenes. René, admitido en la tribu del Aguila y acompañado de Outougamiz, fue incluido en el número de los cazadores, cuyas piraguas subieron á lo largo del Meschacebé, y entraron en el cauce del Ohio. Durante una navegacion solitaria, René pidió á Chactas noticias de sus viajes al país de los blancos, y le rogó le narrase sus aventuras, á todo lo cual accedió el sachem. Sentado cerca del hermano de Amelia en la popa de la barca india, el anciano refirió su estancia en casa de Lopez, su cautiverio entre los siminoles, sus amores con Atala, su rescate, su fuga, la tempestad, el encuentro del padre Aubry y la muerte de la hija de Lopez (1).

«Despues de haberme alejado del piadoso solitario y de las cenizas de Atala, prosiguió Chactas, á través regiones inmensas, sin saber á donde me dirigia; todos los caminos eran á propósito á mi dolor, pues miraba la vida con profunda indiferencia.

«Un dia al salir el sol, descubrí una partida de indios que no tardaron en rodearme. Juzga, oh René, de mi sorpresa al reconocer entre aquellos guerreros de la nacion iroquesa á Adario, el compañero de los juegos de mi niñez, que habia ido á aprender el arte de Areskui (2) entre los belicosos canadienses, antiguos aliados de los natchez.

«Pedí con vivo interés nuevas de mi madre, y supe habia sucumbido á sus amarguras, y que sus amigos le habian hecho los dones del sueño. Entonces resolví seguir el ejemplo de Adario, entrando en la escuela de los combates en las Cinco Naciones (3). Mi corazón se sentia animado del deseo de mezclar la gloria á mis pesares, y anhelaba confundir los recuerdos de la hija de Lopez con una accion digna de su memoria. Yo contaba á la sazón muchas nieves y aun no habia hecho bien alguno. Si el Gran Espíritu me hubiese entonces llamado á su tribunal, cómo le hubiera presentado el collar de mi vida, al cual no habia prendido ni una sola perla?

«Cuando entramos en los bosques del Canadá, el ave de los arrozales hallábase próxima á partir hácia el Poniente y los cisnes llegaban de las regiones septentrionales. Adoptado por una de las naciones iroquesas, Adario y yo hicimos el juramento de amistad: nuestro grito de guerra era el nombre de Atala, de aquella virgen que habia caído en el lago de la Noche á la manera de las palomas del país de los agniers, que se precipitan al ponerse el sol en una fuente donde desaparecen.

«Nos obligamos mutuamente sobre el báculo de

(1) Véase la *Atala*.

(2) Genio de la guerra.

(3) Los iroqueses.

nuestros padres á hacer todos los esfuerzos posibles para devolver la libertad á nuestra patria, despues de haber estudiado los gobiernos de las diferentes naciones.

«Durante las treguas me dediqué al estudio de las lenguas iroquesas ó yendates, al mismo tiempo que aprendia la lengua culta ó la lengua de los tratados, es decir, la lengua alonquina, de que los indios del Norte se valen para comunicarse de nacion á nacion. Habia entablado relaciones con el amigo del padre Aubry, el padre Lamberville, misionero entre los iroqueses. Merced á sus lecciones conseguí entender y hablar fácilmente la lengua francesa y me instruí en el arte de los collares (4) de los blancos.

«El religioso me referia con frecuencia los sufrimientos de ese Dios que se inmó por la salvacion del mundo. Estas enseñanzas me complacian no poco porque me recordaban todos los intereses de mi vida, el padre Aubry y Atala. La razon humana es tan débil, que por lo regular no es otra cosa que la razon de sus pasiones. Acosado por mis memorias, procuraba refugiarme en el santuario de la misericordia, bien así como el prisionero rescatado de las llamas, se refugia á la cabaña de paz.

«Yo empezaba á ser amado de los pueblos, y mi nombre era repetido con placer por los labios de los sachems. Habia alcanzado alguna celebridad en los combates; pero es una triste necesidad el habituarse á la efusion de sangre, y aun es mas triste el que dependan diversas cualidades de la que constituye un guerrero, siendo difícil ser tenido por hombre antes de haber empuñado las armas.

«Por esto ví con horror los suplicios reservados á las victimas de los caprichosos azares de la guerra. En memoria de Atala concedí la vida y la libertad á muchos guerreros apresados por mi propia mano, porque yo tambien habia gemido prisionero lejos del querido suelo de la patria.

«Tuve asimismo la dicha de librar de la muerte á algunos franceses. Ononchio (5) me hizo ofrecer en cambio los dones de la amistad, y hasta me propuso un hacha de capitán entre sus soldados. Pero como sus palabras venian envueltas en el secreto y añadia á ellas pretensiones poco justas, rogué á los presentes volviesen á reunirse á las riquezas de Ononchio.

«La primavera se habia renovado tantas veces cuantos huevos encierra el nido de la curruca, ó estrellas tiene la constelacion de los cazadores, desde que yo habitaba en las naciones iroquesas, que habian fumado el calumet de paz con los franceses. Pero aquella paz fue interrumpida en breve, pues Athaensia (6) barrió las hojas que empezaban á cubrir los caminos de la guerra, é hizo crecer la yerba en los senderos del comercio.

«Despues de diferentes acontecimientos se propuso un armisticio, en cuya virtud los iroqueses enviaron algunos diputados al fuerte de Catarakoui. Yo pertenecia al número de aquellos guerreros y les servia de intérprete; pero al entrar en el fuerte nos rodearon numerosos soldados. Reclamamos entonces la proteccion del calumet de paz; á lo cual el jefe que nos aprisionó dió por respuesta que eramos unos traidores, y que tenia orden de Ononchio de embarcarnos para Kanata, (7) desde donde seriamos conducidos como esclavos al país de los franceses. Nos arrebataron nuestras hachas y flechas, nos ataron con caderas los brazos y los piés, y fuimos arrojados á unas piraguas que nos condujeron al puerto de

(4) El arte de escribir, leer, etc.

(5) Nombre que los salvajes daban á todos los gobernadores del Canadá. Significa la gran montaña. Asi tambien Ononchio.—Denonville, Ononchio.—Frontenac, etc.

(6) Genio de la venganza.

(7) Quebec.

Quebec por el rio Hochelaga. (1) Una ancha canoa nos llevó desde Kanata mas allá de las grandes aguas, á la region de las mil ciudades, tu suelo natal.

«Las cabañas (2) á donde llegamos están construidas bajo un cielo delicioso, en el fondo de un lago interior, (3) donde Michabou, dios de las aguas, no levanta dos veces al dia su verde frente coronada de cabellos blancos, como acontece en los rios canadienses.

«Fuimos recibidos entre las aclamaciones de la multitud. La aglomeracion de las cabañas, de las grandes canoas y de los hombres, todo aquel espectáculo tan diferente del que presentan nuestras soledades, confundió al principio mis ideas, y solo empecé á ver con alguna claridad cuando fuimos conducidos á la choza de la esclavitud. (4)

«Estrañarás acaso, amigo mio, que despues de haber sido tratado de esta manera, conserve aun á tu país algun cariño; pero además de las razones que para estote daré en breve, la esperiencia de toda mi vida me ha enseñado que los tiranos y las victimas son casi igualmente dignos de compasion, y que por lo regular se perpetra el crimen mas por ignorancia que por maldad. En resumen, una cosa me parece todavia cierta, y es que el Gran Espíritu, que mezcla en su justicia el bien con el mal, ha hecho en ciertos casos amarga la memoria de los beneficios, y siempre dulce la de las persecuciones. Amamos sin esfuerzo á nuestros enemigos, especialmente si nos han proporcionado ocasiones de virtud ó de fama. Me perdonaré estas reflexiones, porque los viejos propenden á la prolijidad en sus discursos.»

René replicó: «¡Chactas! si los discursos que vas á dirigirme son tan hermosos como los que ya te he oído, el sol terminaría y comenzaría de nuevo su curso, antes de que me cansase de oírte. Continúa, pues, haciendo brillar en tu relato esa razon tierna, ese dulce calor de los recuerdos que penetran en mi corazón. ¡Qué idea debió formar de la sociedad un salvaje reducido á lóbrega prision!»

Chactas reanudó la narracion de sus aventuras. Sus palabras respiraban una dulce sencillez y las amenizaba con una especie de amable jovialidad: hubiérase dicho que por medio de una delicadeza digna de las gracias de Atenas, aquel salvaje procuraba dar ingenuidad á su voz para atenuar en los oídos de René la amarga historia de las injusticias de los franceses.

«Una poderosa resolucion de morir, prosiguió, me impidió al pronto sentir demasiado vivamente mi infortunio en la choza de la esclavitud; por espacio de tres dias enteros los otros jefes y yo cantamos nuestra cancion de muerte. Hasta entonces habia creído abrigaba la prudencia de un sachem; y no obstante, lejos de enseñar á los demás, recibí de ellos lecciones de sabiduria.

«Un francés, hermano mio de prision, habia cometido una accion por la cual el tribunal de los ancianos le habia condenado. A pesar de su juventud, Honfroy no profesaba mucho apego á la vida. Lleno de gozo al oírme hablar su idioma, referíame sus aventuras y me decia: «¡Chactas! tú eres un salvaje y yo soy un hombre civilizado; probablemente tú eres un hombre de recto corazón y yo soy un malvado. ¿No es una estraña coincidencia que llegues de la América para ser mi compañero de cadena en Europa, para mostrar la libertad y la esclavitud, el vicio y la virtud sujetas al mismo yugo? ¡He aquí, mi querido iroques, lo que es la sociedad! ¿No es

una cosa admirable? Pero recobra tu valor y de nada te asombres; ¿quién sabe si algun dia ocuparé un trono? No te alarmes demasiado al verte unido con un criminal al carro de la vida; corta es la jornada, y la muerte vendrá harto presto á devolvernos la apetecida libertad.»

«Nunca he experimentado tanta sorpresa como al oír hablar á aquel hombre, pues se advertia en su indiferentismo una especie de horrorosa razon que me confundia, y me preguntaba á mí mismo: ¿Qué estraña nacion es esta, donde los insensatos parecen haber estudiado la sabiduria, y donde los malvados sufren el dolor como gozarian del placer? Honfroy me invitó á que le abriese mi corazón, y me hizo conocer que era un rasgo de cobardía el dejarse vencer por el abatimiento. Aquel desgraciado me convenció: accedí á vivir y obligué á los demás caudillos á que imitasen mi ejemplo.

«Al llegar la noche y despues del trabajo, mis compañeros se reunian en mi derredor y me pedian descripciones de mi país. Yo les referia cómo perseguíamos los alces en nuestros bosques, y cómo nos complaciamos en vagar por la soledad con vuestras mujeres é hijos. A estas gratas pinturas de la libertad, yo veia correr copiosas lágrimas sobre todas las encadenadas manos. Los presos me contaban á su vez las diferentes causas del castigo que sufrían; con este motivo me ocurrió un lance estraño: me dí á creer que aquellos malhechores eran los verdaderos hombres de bien de la sociedad, pues los consideraba castigados por acciones á que nosotros nos entregamos diariamente sin criminalidad alguna en nuestros bosques.

«Nuestro traje y nuestra lengua escitaban la pública curiosidad. Los mas distinguidos guerreros y las principales matronas iban á vernos, y cuando trabajábamos nos traian frutas y nos las daban retirando la mano; y por su parte, el jefe de los esclavos nos enseñaba mediante algun dinero á los que deseaban vernos: de esta manera el hombre era ofrecido en espectáculo al hombre.

«Empero no careciamos de algunos consuelos, pues el Gran Jefe de la oracion (5) nos visitaba; y aquel digno pastor, que me hacia recordar al padre Aubry, nos traia algunas veces sus parientes.

«Chactas, me decia, ¡he aquí á mi madre! figura-te que esta es la mujer que te ha alimentado y llevado en la piel de oso, como nos lo enseñan nuestros misioneros.» «A este recuerdo de mi familia y de las costumbres de mi país, mi corazón se anegaba en amargura y placer. Aquel caritativo sacerdote nos dejaba siempre, al alejarse de nosotros, tiernas lágrimas para borrar los males del dia anterior y gratas esperanzas para conducirnos á través de los males del inmediato dia.

«El jefe de la choza de las cadenas, deseoso de prolongar nuestra existencia, pues era harto útil á sus intereses, nos permitia algunas veces pasear á su lado por las orillas del mar.

«Una tarde discurría así por la playa, y mis ojos, recorriendo ávidos la dilatada estension de las olas, procuraban descubrir en lontananza las costas de mi patria, pues imaginaba que aquellas olas se habian confundido con los rios americanos. En la ilusion de mi acerbo dolor, parecíame que la mar murmuraba gemidos semejantes á los que se desprendian de los árboles de mis bosques entonces le referia mis penas, para que á su vez las contase á los sepulcros de mis padres.

«El carcelero, en conversacion con otros guerreros, olvidó volverme á mis cadenas. En tanto millones de estrellas se mostraron en la bóveda celeste; y la luna, que se alzó magestuosa en el firmamento,

(5) El obispo de Marsella.

(1) El rio de San Lorenzo.

(2) Marsella.

(3) El Mediterráneo.

(4) Los baños.

me hizo descubrir á un anciano sentado en una roca. Las tranquilas olas espiraban á los piés del anciano, como á los de su señor; yo le tomé por Michabou, el genio de las aguas, y me disponía á retirarme cuando un suspiro que llegó á mi oído me hizo conocer que el dios era un hombre.

«Este hombre me descubrió también, y á la vista de mi traje natche hizo un movimiento de sorpresa y terror. «¿Qué veo? exclamó; ¡la sombra de un salvaje de las Floridas! ¿Quién eres? ¿Vienes á buscar á Lopez?— ¡Lopez!» repetí exhalando un grito. Me acerqué al padre de Atala, y creí reconocerle. El me miró con el mismo asombro, con la misma duda; me tendió á medias los brazos y tornó á hablarme. ¡Era su voz, su misma voz! Sin reflexionar mas si lo que veía era una fascinación de mis sentidos ó una realidad, me precipité á los brazos de mi antiguo amigo, le estreché sobre mi corazón, regué su semblante con mis lágrimas; pero Lopez fuera de sí, dudaba aun de la realidad. «Yo soy Chactas, me decía, Chactas, aquel joven natche á quien llamaste de favores en San Agustín, y que te abandonó con tanta ingratitud.» A estas últimas palabras, me ví precisado á sostener al anciano, próximo á desvanecerse; y no obstante, me estrechaba aun con sus manos, ya trémulas por la edad y las amarguras.

«Pasada la vehemencia de los primeros sentimientos, y después de haber reanimado á mi antiguo huésped, le dije: «¿Lopez! ¿qué semejantes y funestos géneos presiden nuestros destinos? ¿qué infortunio te ha arrojado como á mí, á estas inhospitalarias playas? ¿Cuán desgraciado eres en tus hijos! ¿Podrías creer que yo he abierto la tumba de tu hija, de aquella tu hija que debía ser mi esposa?»

«—¿Qué me dices? respondió alarmado el anciano.

«—¡Yo he amado á Atala, exclamé, la hija de aquella floridense á quien tu amaste!» Y mi voz, ahogada por las lágrimas, se estinguió al pronunciar estas palabras. Mil dulces reminiscencias me abrumaban á la vez: ¡la patria, el amor, la libertad y los perdidos desiertos!

«Lopez, que apenas me comprendía, me pidió me explicase, y yo le hice sucintamente el relato de mis aventuras. Esta narración le conmovió, y haciéndole admirar y llorar á aquella hija que no había conocido, se extendió en largas y tristes reflexiones acerca de la felicidad que hubiéramos podido disfrutar reunidos en una cabaña, en el fondo de alguna soledad.

«Pero, hijo mio, añadió, la voluntad de Dios se opone á nuestros planes, y nuestro deber es acatarla humildemente. No bien me dejaste en San Agustín, cuando me ví acusado por unos perversos; y algunos colonos poderosos, de quienes había rescatado, á subido precio algunos indios esclavos, se reunieron á mis enemigos. El gobernador, que pertenecía al número de estos, me hizo prender, como también á mi hermana, y fuimos trasladados á Méjico, donde comparecimos ante el tribunal de la Inquisición. Al fin nos fue devuelta la libertad, pero después de muchos años de prisión, durante los cuales mi hermana dejó de existir; entonces se nos permitió regresar á San Agustín. Mis bienes habían sido vendidos, y aun esperé algún tiempo confiando alcanzar justicia, pero prevaleció la iniquidad. Resolví, pues, abandonar aquella tierra de persecución.

«Me embarqué para las antiguas Españas, donde supe, al poner pié en tierra, que mis enemigos, temiendo mis quejas, habían logrado contra mí una orden de destierro. Embarquéme de nuevo y me refugié en la Provenza; el prelado de Marsella me acogió con bondad, y sus socorros han sostenido mi amarga existencia. Yo ejercité en otro tiempo la caridad, y ora me veo alimentado con el pan de los

«pobres. Pero me acerco al momento de recobrar la libertad eterna, y espero que Dios me hará participante de su trigo.»

«Al terminar Lopez su narración, llegó el guerrero que vigilaba mi esclavitud y me mandó le siguiese. El sachem español quiso acompañarme; pero como su traje no era el de un poseedor de grandes cabañas, el guía le repelió bruscamente. «¡Peñasco insensible! exclamé; los espíritus vengadores de la hospitalidad violada, castigarán tu dureza. Este sachem es un suplicante como yo en tu nación; mas no es tan solo un suplicante: es además un anciano y un desgraciado. No te trataría yo de esta suerte si fueses al país de los corzos: te presentaría mi calumet de paz, fumaría contigo y te ofrecería una piel de oso y maíz, pues así quiere el Gran Espíritu que tratemos á los extranjeros.»

«A estas palabras, el guerrero de las ciudades prorumpió en burlona risa: yo hubiera tomado una súbita venganza de aquel protervo; pero conociendo que esponía á Lopez, mitigué el arrebato de mi sangre. Lopez, por su parte, temiendo atraer sobre mí algún mal tratamiento, se alejó prometiéndome ir á verme. Volví á la estera de la desgracia, en la cual están sentados casi todos los hombres.

«Lopez y el Gran Jefe de la oración me visitaron al día siguiente: con ellos y con mis compañeros salvajes formé una sociedad libre y virtuosa en medio de la servidumbre y del vicio, á la manera de esos cocoteros cargados de frutos y de leche, que crecen unidos sobre un estéril escollo en medio de los mares mejicanos. Los demás esclavos asistían á nuestros discursos, y muchos empezaron á mejorar sus almas, que dejaban hasta allí en un horroroso abandono. En breve, mediante la paciencia, la confesión de nuestros errores y el poder de las oraciones, aligeramos nuestras cadenas. De esta manera, me decía el ministro de los cristianos, muchos esclavos rescataron en otro tiempo su libertad, recitando á sus amos las composiciones de un hombre divino, y unas canciones amadas del cielo.

«Desde la ciudad en que nos hallábamos fuimos trasladados á otra ciudad (1), donde fuimos empleados en los trabajos de un puerto, y luego se nos trasladó á nuestra primera estancia. El mérito de nuestros sufrimientos sobrellevados con humildad, subió hasta el Gran Espíritu; el que vosotros llamais el Señor, colocó este mérito al lado de nuestras faltas, pues así me lo refirió el sacerdote instruido en las cosas maravillosas. Semejante á una viuda india, que llena de equidad, coloca en su balanza el resto de las riquezas de su esposo y el objeto ofrecido en cambio por el europeo: iguala ambos pesos con toda la sinceridad de su corazón, no queriendo perjudicar á sus hijos ni al extranjero que en ella fia; del mismo modo el Supremo Juez pesó la ofensa y la reparación; pero esta triunfó á los ojos de su misericordia. En aquel mismo momento ví llegar á Lopez con un collar en la mano (2), que me enseñaba desde lejos, diciéndome: «¡Estás libre!» Apresureme á abrir el collar, que estaba marcado con el sello de Ononthio-Frontenac, jefe del Canadá, antes de Ononthio-Denonville. Las primeras ramas del collar se espesaban así:

«El Sol (3) de la gran nación de los franceses ha desaprobado la conducta de Ononthio-Denonville. El jefe de todos los jefes ha sabido que su hijo Chactas, que le había devuelto muchos de sus hijos en el Canadá, estaba encerrado en la choza de la esclavitud. Ononthio-Denonville ha sido depuesto de su cargo. Yo tu padre Ononthio-Frontenac, regreso al Canadá, á donde te restituiré con tus compañe-

- (1) Tolon.
(2) Una carta.
(3) Luis XIV.

LIBRO SESTO.

«ros. Date prisa á venir á buscarme á la gran ciudad, donde te espero para presentarte al Sol. Enjuga las lágrimas de tus ojos: el calumet de paz no volverá á ser violado y la estera de la sangre será lavada con el agua del río.»

«Yo hice en alta voz la explicación del collar á los caudillos salvajes; y en el acto un guerrero nos desprendió de nuestras cadenas. No bien sentimos nuestros piés libres de todo embarazo, presentamos en sacrificio al Gran Espíritu un pan de tabaco que arrojamos al mar, después de haber dividido la ofrenda en doce partes.

«El jefe de la oración nos dió hospitalidad, y de él recibimos además de algún dinero, vestidos nuevos á la usanza de nuestro país.

«Cuando el espíritu del día unció el sol á su carroza de fuego, se nos condujo á la cabaña rodadora (1) que debía conducirnos: Lopez y el jefe de la oración nos acompañaban; y durante largo rato mantuve estrechado sobre mi corazón á la puerta de la cabaña móvil al padre de Atala, y le decía:

«¡Lopez! ¿Es preciso que te abandone otra vez, y que te abandone cuando eres desgraciado? Sigue á tu hijo; ven á plantar entre los indios tu benéfica existencia, en el suelo de mi cabaña. Allí no te verás despreciado, porque eres pobre; yo cazaré para alimentarte, y serás honrado como un genio. Si mis súplicas hallan cerrado tu corazón, ó si temes esponerte á las fatigas de un largo viaje, permaneceré á tu lado; aprenderé las artes de los blancos, y te rescudaré contra la indigencia por medio de mi trabajo. ¿Quién cerrará tus ojos? ¿quién recogerá el día postrero de tu vejez? Permite que la mano de un hijo te presente á lo menos la copa de la muerte, pues manos ajenas la agitarían tal vez, y te la haría beber removida.»

«Sabio é indulgente Lopez, tú me respondiste: «Tú nunca me has sido ingrato; cuando te separaste de mí en San Agustín, seguiste la inclinación natural en todos los hombres, y lejos de hallar cosa por qué reconvenirme te admiré. En este momento serías criminal si permanecieses en estas costas: Dios ha enriquecido tu alma con los dones mas hermosos de la adversidad, y debes por lo tanto esas riquezas á tu patria. Y si me niego á seguirte, no lo juzgues falta de cariño; ya ves que sería un viajero harto viejo. Cada cual debe seguir los decretos de la Providencia: tú dormirás al lado de los huesos de tus padres, mas yo debo morir aquí. La Caridad participará de mis despojos: los hijos del extranjero vendrán á jugar en derredor de mi sepulcro, y lo borrarán bajo sus pasos. Ninguna esposa, ningún hijo, ninguna hermana, ninguna madre se detendrá sobre mí lora, visitada tan solo por los desgraciados, hollada tan solo por la planta del oscuro peregrino.»

«Y Lopez me anegaba en lágrimas, como un jardinero riega el arbolillo plantado por su mano. El jefe de la oración, queriendo evitar que nuestra debilidad se prolongase por mas tiempo, nos dijo: «¿En qué pensais? ¿dónde está vuestro valor?» Esto dicho, me hizo entrar en la cabaña rodadora, cerró bruscamente la puerta é hizo un ademán. A esta señal, el guía impelió sus caballos que se agitaban impacientes y blanqueaban el freno con su espuma; hiriendo el sonoro pavimento con sus diez y seis ferrados piés, partieron seguidos de las cuatro estrepitosas alas de la cabaña móvil que giraban despidiendo centellas. Los edificios huían á uno y otro lado, y salvando las puertas que se estremecían á nuestro paso, en breve la cabaña móvil lanzada á un largo trote, se deslizó como una piragua sobre la superficie de un río.

- (1) Un coche.

«Et vigor de mi alma quedó enervado durante mucho tiempo por la ternura de mi despedida de Lopez. El genio de la Fama nos había precedido, pues en todo el viaje recibimos cordial amistad en las cabañas que el Sol había preparado para nosotros. Nuestra sencillez dedujo de todo aquello que los hombres que veíamos eran los esclavos Sol; que aquellos campos cultivados que atravesábamos eran países conquistados, cultivados por los vencidos en beneficio de los vencedores, que sin duda fumaban tranquilamente sobre sus esteras y que íbamos á hallar en la gran ciudad. Esta idea nos inspiró un desprecio profundo á los pueblos que nos rodeaban, y era grande nuestra impaciencia por llegar á la residencia de los verdaderos franceses ó de los guerreros libres.

«Pero nos sorprendimos en gran manera al entrar en la gran ciudad (1): los caminos (2) eran estrechos y sucios; vimos cabañas de comercio (3) y rebaños de siervos, como en las calles de la Francia. Fuimos luego conducidos á casa de nuestro padre Ononthio-Frontenac; la cabaña estaba llena de guerreros que Ononthio nos dijo eran sus amigos, y nos hizo saber que al día siguiente seríamos trasladados á otra ciudad (4), donde encenderíamos el fuego del consejo con el jefe de los jefes. Después de haber comido los manjares de la hospitalidad, nos retiramos á uno de los aposentos de la cabaña, donde dormimos sobre unas pieles de oso.

«El sol alumbraba los trabajos del hombre civilizado y los ocios del salvaje, cuando salimos de la gran ciudad. Unos caballos cubiertos de humo nos llevaron á la cabaña (5) del jefe de los jefes, en menos tiempo del que un sachem lleno de experiencia y oráculo de su nación, emplea en juzgar una disidencia suscitada entre dos madres de familia.

«A través de multitud de guardias fuimos llevados hasta el padre de los franceses. Lleno de sorpresa al advertir el aspecto de esclavitud que en mi derredor advertía, decía sin cesar á Ononthio: «¿Dónde, dónde está la nación de los guerreros libres?» Hallamos al Sol sentado como un genio, sobre cierto mueble llamado el trono, que brillaba por todas partes; en la mano ostentaba un bastoncillo con el cual juzgaba á los pueblos. Ononthio nos presentó á este Gran Jefe, diciendo:

«¡Señor! los vasallos de vuestra magestad.... (6) Yo me volví hácia los jefes de las Cinco Naciones y les expliqué la palabra de Ononthio, á lo cual me respondieron: «Eso es falso» y se sentaron en tierra, cruzando las piernas. Entonces, dirigiéndome al primer sachem, le dije:

«Poderoso Sol, tú cuyos brazos se estienden hasta el medio de la tierra, Ononthio acaba de pronunciar una palabra que sin duda le ha inspirado un genio enemigo; pero tú á quien Athaensia (7) no ha privado de sentido, eres harto prudente para creer que somos tus esclavos.»

«A estas palabras pronunciadas ingenuamente por mí, se notó un vivo movimiento en la choza. Yo proseguí mi discurso:

«Jefe de los jefes, tú nos has mantenido encerrados en la choza de la esclavitud merced á la mas indigna traición. Si hubieras venido á cantar la canción de paz entre nuestros ancianos, nosotros

- (1) Paris.
(2) Las calles.
(3) Las tiendas.
(4) Versailles.
(5) El palacio de Versailles.
(6) Luis XIV.
(7) La venganza.